

LOS FRANCESES EN EL REFRANERO ESPAÑOL

HIGIENE MENTAL

EL ENFERMO SOCIAL

Sea por las muchas perrerías que nos han hecho en el transcurso de los siglos, sea porque nos costó dejarnos los huesos por hacerles dejar los huesos mas veces con ellos que con otra gente el caso es que el refranero español—sentimiento del pueblo con sintaxis de primera—pone a nuestros vecinos los franceses como sopa de pascua. El refrán brinca de la tierra—o del mar—como una flor esponfánea nacida de la experiencia de la observación, del cotejo de reacciones espirituales propias y ajenas, es la tabla registradora del sentir popular, de la raza suelta, sin pelillos en la lengua ni arrumacos, que dice lo que siente y siente lo que dice. A quien le cuelgan un refrán, con el refrán vive y con el refrán muere. Para bien o para mal. Si a las señoras y niñas de este o ese lugar las pone de santas el refranero, santas se quedan; y si, por el contrario, las pone de mozas de fortuna, no hay juristas redichos ni literatos que las libren del sambenito maritonesco. Claro que para que brote el dicho hace falta el hecho, la razón justificativa, el fundamento del mismo. El pueblo no habla a tontas y a locas, y hasta en los casos en que interviene el apasionamiento personal busca salida por caminos de verdad.

Andamos con este preámbulo para fijar la formalidad de los refranes y dejar sentado que si se metieron frontera allá fué porque vieron o adivinaron moros. Y es curioso, bajando de los de Ubeda a lo que andábamos tratando al comenzar el escrito, como el refranero español, que trata con especial cariño a los alemanes: (español y tudesco son buenos compañeros) y no toca a los portugueses más taras negras que alguna ironía con juegos y remedos lingüísticos, que tiene sólo tres palabras justas, ni una más ni una menos para juzgar a los ingleses: «inglés, pirata es» apunta con harta frecuencia una declarada enemistad hacia la gente de Pirineos allá. A veces el dicho es como arrancado de la boca de un guerrillero de la Independencia: «Francés, mala res», «Al franchute darle un buen jute», pero en la mayoría de las ocasiones, el blanco de las saetas con un par de por este mundo pregonados defectos: la desmedida afición al culto de Baco y a las delicias de Pantagrúel y «una familiar costumbre de quebrar la palabra», señalada por Tito Livio ya y que Francisco I tenía bien aprendida.

Sobre el particular, basta citar un par de refranes recogidos con otros muchos por el estilo en diversas provincias españolas y especialmente en la región aragonesa: «El francés degenera cuando cumple promesa» «el francés no es de natura si no preudo al que asegura».

El refranero español coincide, un capí-

tulo sí y otro también, en calificar a los tatarañietos de San Luis como de por sí muy inclinados al buen tragar y al mejor remojar las palabras: «el franchón no le neguéis el jambón» dice, y luego añade, enseñanado de costadillo, en contraposición, la teoría muy nuestra de «buen soldado, poca tripa y buena mano». «El francés sin jamón y vino no vale un comino». Y para acabar de remachar el clavo todavía le dirige un virote a su alegría: «El francés bien canta, después de remojar la garganta».

Nos hemos limitado a transcribir una media docena de refranes porque el resto—el buen número del resto—viene a parecerse como un huevo a otro huevo. Eso sí, échate, lector paciente, a buscar cardos para nuestros vecinos, los franceses, y los hallarás en cada ribazo y en el mismo campo del refranero. Otra cosa será si andas buscándoles rositas. No hallarás un siquiera. Hablamos del refranero, no de la gente con los carrillos hinchados de humanismos, porque hay buena diferencia entre los que viven con aguda ignorancia sufriendo y gozando su tierra, sus palabras y su corazón y los sabihondos metidos a averiguar vidas ajenas por el placer dueñeril de saber de que color tiene pintado el gabinete la vecina de enfrente y que, lo que ocurre en estos casos, se quedan entre Perpiñán y Cadaqués. El uno por el otro, la casa sin barrer.

MANUEL VELA JIMÉNEZ

Todos tenemos un concepto sobre nosotros mismos. Nos creemos inteligentes, holgazanes, afortunados, valientes, infelices o tímidos. El mundo también tiene una opinión sobre cada uno de nosotros y ese criterio puede coincidir o no con nuestro propio convencimiento. Nuestra conducta está motivada por las aptitudes y defectos que creemos tener y por los que nos otorgan los demás. Frecuentemente el ambiente influye de tal modo sobre la conciencia de la propia personalidad, que actuamos en la vida no como pensábamos ser sino como nos hacen ser; es importantísimo el papel que ejercen las impresiones y los comentarios del hogar y del círculo de relaciones habituales en nuestras determinaciones. Como ejemplo podemos citar un caso. Un chico de diez años, vivo e inteligente se prepara para ingresar en el Instituto. Estudia con poca regularidad y sin esforzarse, algunos días no va a clase, y el profesor le reprende diciéndole «eres un holgazán» y «no sirves para estudiar». Sigue trabajando con menos interés todavía porque «no sirve para estudiar», y es suspendido el día del examen. En el próximo curso continúa con el mismo profesor, y como «es un holgazán» tampoco estudia y efectúa los exámenes con análogo resultado. Convenida también la madre que su hijo no sirve para estudiar, decide su ingreso en la escuela de artes y oficios; aquí aparte las enseñanzas manuales recibe también

instrucción de geografía, geometría, gramática, química, etc. Sigue siendo un «fonto» y por esto le suspenden en todo, menos en química. Se ha aficionado a ella porque en el laboratorio «no se estudia sino que se trabaja» le gustan los tubos, los reactivos y los colores y trabajando —nadie le ha indicado que no sirve para trabajar,—va aprendiendo química, va estudiando—sin pensarlo,—y al final de curso obtiene sobresaliente. Más tarde, un día en clase, el profesor sufre una equivocación mientras está desarrollando un problema de química en la pizarra; él la puede rectificar y en este momento cambia súbitamente el concepto que sobre sí mismo le habían influido. Se desvanece su «sentimiento de inferioridad» con relación a los estudios y que le iba llevando de fracaso en fracaso; desde ahora es apto para estudiar porque «sabe tanto como el profesor». Fuertemente acusada en él su «voluntad de podería», termina de una vez para siempre con su incapacidad creada tan sólo por la incomprensión de su caso por parte de su primer profesor y mantenido por su madre y sus relaciones. Quiere cursar todo el bachillerato en dos años y lo puede hacer. Este muchacho que iba perdiendo el tiempo, incomprendido en una clase y otra, descentrado en su papel en el mundo, sigue ahora la carrera de derecho del modo más normal. Es un enfermo social curado.

El profesor Adler establece que todos los problemas de la vida pueden clasificarse esquemáticamente en tres grupos: el de la vida en común, el del trabajo y el del amor. Estos problemas se hallan constantemente ante nosotros, sin que nos sea posible eludirlos, y para su resolución nos vamos preparando en forma justa o errónea desde la primera infancia. El concepto sobre nosotros mismos, de acuerdo o no con la realidad y las posibilidades de cada uno, nos hará triunfar o fracasar en las amistades y el compañerismo, en las actividades profesionales y en el problema del amor. El niño mimado abrumado de caricias y atenciones, acostumbrado a un mundo imaginario que no es el de la vida y en el que ve que todo se lo hacen los demás adquirirá la opinión de que todo puede conseguirse fácilmente con la mera ayuda ajena y más tarde llegará a sentirse como más o menos incapaz para la solución de los problemas vitales.

La guerra ha salvado muchos enfermos sociales. «Yo soy bueno y malo como la Naturaleza» decía Goethe. La guerra también es buena y mala. Para algunas personas tiene un efecto curativo. El joven tímido que no se atrevía a salir de casa, que su poco espíritu no le permitía convivir plenamente con los demás, y que no se sentía feliz en el mundo, ha vuelto del frente robustecido en su personalidad, «Todo un hombre». Creía ser cobarde, le tenían por cobarde, y en el batallón victorioso donde nadie le conocía ha hecho lo mismo que los compañeros; ha demostrado ser valiente, y al reintegrarse a las vicisitudes cotidianas, con una nueva opinión de sí mismo, va a actuar en todo como los demás, es capaz de luchar en la vida.

A los enfermos sociales no se les puede curar prescribiéndoles unas inyecciones. Hay que tratarles con fórmulas diferentes, y una de ellas sería esta: «Vaya Vd. a hacer la guerra».

DR. JOSÉ M.º PIGEM

(Jefe de Clínica del Instituto Frenopático)

POESIA

YO NO SE ¿ADONDE FUERA...

Yo no se ¿Adonde fuera
el amor, solo, y sin ayuda
de la primavera?

AMIGA

A. R. Piñol.

¡Amiga, tú en mí
como un cuchillo!

¡Amiga, yo en tí
como una daga!

EL NIÑO, AVIADOR

¡En avión
iba el niño!

(El avión
del tío-vivo)

¡Ay, como los aires
surcá, como la tierra
le va dando vueltas!

¡Que no se le pare el motor
al avión
del niño aviador!

ASCENSION

¡Angelical alborozol!
¡Arriba, arriba ya
los vuelos!

No en la tierra
se queden, yertos, los ojos,

¡Y más allá...

El alma
—el voto que deposite—
ha de llegar a la urna
de plata, que es el cielo.

AUSENCIA

Viento y canción. Muralla,
¡Tan sólo, solo en mis labios
el instante se quedaba!

Muralla, viento y canción.
¡Tan sólo, solo en mis labios
el instante se quedó!

BOSQUE

Pinos. La brisa, yacente.
La impresión será salvaje
si no gustáis del ambiente,
serenidad y paisaje.

Pinos. La brisa, yacente.

J. CERVELLÓN

FINCAS PLA

Casas en Calle Corró, de planta y piso, 4 habitaciones, comedor, cocina, patio, agua y electricidad. En La Garriga, casa-torre planta y piso, situación céntrica. Pieza dos cuarteras regadío, a 12.000 pesetas cuartera.

Detalles y referencias:

FINCAS PLA
Plaza Perpiñá, 16, 1.º 3.º - Teléfono 157
GRANOLLERS